

delicia de un cuarto de hora. La sed comenzaba a atormentarle y sacudió la puerta enérgicamente. Quería salir al río a bañarse en el remanso de la orilla como los niños del país; pero Jenaro Valdivián había asegurado la cancela de cañas con la caparazón de una inmensa tortuga muerta. El Hércules de siete años gritó en lenguaje *conivo*:

—¡Yacu-Mama, Yacu-Mama!

En el río, unas fauces tremendas emergieron del agua con un bostezo lento. La oscura lengua en horqueta bebió todavía con molicie la frescura del agua torrencial. Poco a poco el cuerpo de la boa fué surgiendo de la orilla con un suave remolino de hojas. Tenía cinco metros, por lo menos, y el color de la hojarasca. El niño batió palmas y gritó alborozado cuando la espléndida bestia vino a su llamado retozando como un perro doméstico, pues es en realidad el can y la criada de los niños salvajes. Sólo quienes no han vivido en el oriente del Perú ignoran qué generosa compañera puede ser si la domestican manos hábiles. A nadie obedecía como al minúsculo tirano, jinete de tortugas y boas, que le enterraba el puño en las fauces y le raspaba las escamas con una flecha. De un coletazo la bestia rampante disparó la concha de la puerta y entró meneándose con garbo de bailarina *campa*. Jenarito gritó riendo:

—¡Upa!

La boa lo enroscó en la punta de la cola para elevarlo hasta el techo de la cabaña; pero de pronto volvió la cabeza airada hacia la selva. Se irguió en vilo como un árbol muerto. Por sus escamas pasaba un crujido eléctrico y la cola empezó entonces a latiguar el suelo de la choza con espanto del huacamayazo azul y verde que estaba columpiándose en su cadena. Inmóvil, con los ojos sanguinolentos, parecía escuchar en el profuso clamor de la arboleda, algún susurro conocido. Los monos en la distancia chillaron estrepitosamente. ¿En qué rincón cercano había muerto un árbol? Su turba de aves sin abrigo iba buscando otro alero en el hervidero de la selva poblada, sobre la rotunda fuga del río. Era preciso tener oídos de boa para percibir en tal estruendo el leve rasguño de unas garras.

El tigre de la selva entró de un salto, se agazapó batiéndose rabiosamente los ijares con la cola nerviosa. Como una madre bárbara, la boa preservó primero al niño derribándole delicadamente en un rincón polvoriento de la cabaña. La lucha había comenzado, silenciosa y tenaz como un combate de indios. El felino saltó a las fauces del adversario, pero sus garras parecieron mellarse y por un minuto quedó envuelto en la red impalpable que hizo crujir las costillas. Una garra había destrozado la lengua serpentina y la boa adolorida deshizo el abrazo por un minuto para volver a enlazar otra vez. Un alarido resonó, acabando en un jadeo abrumado. La sangre salpicaba de un doble surtidor y ya sólo se divisó en el suelo un remolino rojo que fué aquietándose hasta quedar convertido en una charca inmóvil de sangre negra.

El niño lo había mirado todo, con un terror oscuro primero, con alegría de espectador después.

Cuando, seis horas más tarde, volvió Jenaro Valdivián y comprendió de una mirada lo pasado, abrazó al chiquillo alborozadamente; pero en seguida, acariciando con la mano las fauces muertas de su boa familiar, de su criada bárbara, murmuraba y gemía con extraña ternura:

—¡Yacu-Mama, pobre Yacu-Mama!

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

Perú.

El zorrino

Viste de riguroso negro como un cura, salvo dos tiras blancas, a guisa de estola, que pasando por las orejas, van del hocico al rabo.

Mide apenas un pie y medio de largo, no posee las patas de la liebre, ni las garras del jaguar, ni el vuelo del halcón, ni los colmillos de la víbora, pero tiene en jaque a toda la gente animal y aún al hombre.

Todo su poder está en un pequeño pomo de aceite que lleva oculto en el tafanario, en lugar estratégico... Pero es sencillamente catastrófico. El temerario o ignorante que intenta atacarlo, se detiene al punto, atacado él de náuseas: el zorrino, con la cabeza gacha y la cola doblada sobre el lomo, hinchándose y comprimiéndose, ha lanzado su aceite fosforescente y pestilencial, y gracias si no es más que eso. Pues si el ofensor se arrima a distancia suficiente —un metro— el zorrino, que tiene puntería segura, puede hisopearle la cara, y entonces pobre de él. El perro, por ejemplo, así tocado, estornuda, gime, manotea, sacude la cabeza, se da de golpes contra el suelo, inconsolable... Pero también el perro —aunque para eso ha de ser muy gaucho— es el único que alguna vez le ajusta las cuentas. Poniéndose de costado, para hurtarle a tiempo los ojos y la cara, deja que el rabicano arroje su arma flamígera. Tras lo cual lo ataca a mansalva.

Aunque suele andar en pleno día, las primeras horas de la noche son las preferidas para sus exploraciones o sus paseos.

Cuando pasa, todos los animales, comedida y respetuosamente, se apresuran a abrirle cancha. Y él prosigue, con su andar como a remesones, muy orondo, concienzudamente seguro del poder de su aceite trascendental.

Si la brisa y el terreno le ayudan, a más de una legua de distancia hace ya sentir su presencia.

Cuando con su óleo *non sanctus* fray zorrino bautiza alguna cosa, no hay jabón, ni sol, ni aire, ni tiempo, ni diablos que la desbauticen.

Según los galenos de las Salamancas de ciencias ocultas, nuestro nauseabundo personaje debería ser, a pesar de todo, tenido en gran predicamento; la causa misma de su calamitosa fama, su olor, es el específico para la jaqueca; su hígado, reducido a polvo, es insustituible contra el dolor de costado, y constituye el más copioso sudorífico; su grasa cura todos los reumas, hasta el de los octogenarios.

LUIS L. FRANCO

Los pollitos

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean,
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los niños más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela;
parecen los niños
con la maestra.

FERNÁN SILVA VALDÉS

Uruguay.